



AÑO III

←BARCELONA 15 DE SETIEMBRE DE 1884→

NÚM. 142

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—MANDOLINATA, por don Benito Más y Prat.—EL ABRAZO DE LA AGONÍA, por don Enrique Valdivieso. — AMOR Á PRUEBA, por don Carlos Coello.—FUEGO DEL CIELO, por don M. A. — GRABADOS: JÓVEN DE CAPRI, estudio por Sargent.—EDIPO Y ANTÍGONA, cuadro por J. Stallaert.—NOCHE TOLEDANA, dibujo por Ricardo Balaca.—SALVAMENTO DE UN HOMBRE CAIDO EN LA FOSA DE LOS OSOS DEL JARDÍN DE PLANTAS DE PARIS.—¿NO VES QUE TE QUEMAS?—SEGADORES MUERTOS INSTANTÁNEAMENTE POR UN RAYO.



JÓVEN DE CAPRI, estudio por Sargent

NUESTROS GRABADOS

JOVEN DE CAPRI, estudio por Sargent

Un año ha transcurrido desde que Capri (Ischia) sufrió aquella gran catástrofe que recuerda el último día de Pompeya. Si esta quedó sepultada bajo las cenizas del Vesubio, Ischia se desplomó instantáneamente sacudida por uno de los más horribles terremotos que consigna la historia.

Desde entonces, la pobre hija de Capri, tipo cándido, que antes de la gran desgracia, sonreía al sol y al mar y al extranjero, vaga llorosa por la playa de Nápoles, sin hogar, sin familia, estatua viviente, en cuya memoria solamente existe el hecho de su desdicha, recordado vagamente, como se recuerdan las pesadillas. No la pidais detalles de su vida: sabe únicamente que era feliz como la tierna avecilla que pasa el día cantando y a cuyo frugal alimento proveen los cariñosos padres... De repente... un rumor sordo, creciente, horrible; la tierra temblando y abriéndose como el día en que murió el Señor; el mar encrespado y rugiendo cual en el instante de destruir al ejército de Faraón; muchos gritos de agonía, y momentos después un silencio fúnebre, el silencio de los cementerios, más triste, si cabe, que el anterior estruendo.

La hija de Capri aún no ha vuelto de su asombro y de su espanto: tal aparece del estudio de M. Sargent, verificado a raíz de la famosa catástrofe de Ischia.

EDIPO Y ANTÍGONA, cuadro por J. Stallaert

La teoría del fatalismo, que en la mitología tiene por nombre el *Destino*, privó grandemente en la antigüedad. Su víctima más saliente es Edipo, que vivió y reinó en el siglo XIV antes de J. C. Edipo era hijo de Layo y Yocasta: el oráculo había pronosticado que el hijo de aquellos reyes de Tebas sería matador de su padre y marido incestuoso de su madre; por lo cual, apenas vino al mundo, fué abandonado a las fieras en un monte. Recogieron unos pastores, y cuando llegó a mozo, de ánimo esforzado y claro ingenio, dió realmente muerte a su padre, sin sospechar que tal era, a consecuencia de una disputa que con él tuvo en un camino público. Más tarde apareció un monstruo que asolaba a Tebas y devoraba a cuantos no acertaban a descifrar un complicado enigma. La mano de la reina viuda había de ser premio de quien venciera al monstruo, fortuna ó desgracia que le cupo a Edipo. Unido fatalmente a su madre, tuvo de ella cuatro hijos, y los esposos y el reino eran muy felices, cuando se descubrió la terrible verdad, demostrando que el destino profetizado se había cumplido en todas sus partes.

Edipo, parricida y marido incestuoso de su madre, volviendo su ira contra sí propio, se arrancó los ojos y se desterró de Tebas, maldito del pueblo y acompañado de su hija Antígona, modelo de amor filial.

El cuadro que publicamos y que da una perfecta idea de la desgracia de Edipo, representa a éste en su ancianidad, ciego, mendigando su pan de cada día, objeto de la reprobación general, y amado solamente de su fiel Antígona, que comparte con su padre el ostracismo, la miseria y el horror universal que aquel infunde.

En la desventurada historia del rey de Tebas se han inspirado poetas varios, entre ellos Sófocles, Voltaire y nuestro Martinez de la Rosa. ¿No sería posible, también, que el inmortal Calderón, poeta eminentemente cristiano, hubiera escrito su famosa *La vida es sueño*, para oponer al fatalismo del poeta griego la consoladora doctrina del libre albedrío, tan magistralmente desarrollada por el gran dramaturgo español?

NOCHE TOLEDANA, dibujo por Ricardo Balaca

La población más legendaria de España, la que conserva aún el sello típico de ciudad esencialmente española antigua, la que permite con mayor facilidad reconstituir el pasado y localizar con absoluta precisión las tradiciones y consejos de sus tiempos de esplendor, es sin duda la que muy merecidamente se engalanó con el título de *Imperial Toledo*. Al atravesar sus monumentales entradas, al cruzar sus estrechas calles, generalmente terminadas en ángulo recto, al visitar sus vetustos palacios que, como ciertas beldades privilegiadas, conservan restos de sus antiguos atractivos; al arrodillarse en sus templos, que lo mismo lo han sido en lo antiguo de Jesucristo que de Mahoma y de Jehová; la imaginación se traslada a otros tiempos, evoca las venerandas sombras de sus monarcas, de sus prelados y de sus grandes capitanes, y lo único que desentona en este cuadro de otra edad, son los prosaicos vecinos que la habitan y que el *touriste* quisiera vestir con sobrevesta y capaceté ó con el blanco alquicel de los sectarios del Profeta.

El malogrado Balaca, que era un artista español por sus cuatro costados, inspirándose seguramente en las magníficas leyendas de Zorrilla que, dígame lo que se quiera, ha sido, es y será el poeta más gráficamente nacional de los tiempos modernos; dibujó con su habitual acierto una escena nocturna en Toledo, titulándola *noche toledana*, con lo cual daba tangiblemente una idea ó explicación de esa frase popular. Tan comunes eran en la antigua corte de España las sangrientas aventuras y los lances callejeros, en que no siempre la justicia, representada por rondas y alguaciles, llevaba la mejor parte.

Salvamento de un hombre caído en la fosa de los osos del Jardín de Plantas de París.

El Jardín de Plantas de París, tan pacífico por lo común, fué testigo hace algunas semanas de un suceso que

pudo degenerar en trágico. Un albañil cayó en la fosa de los osos por encima de la barandilla de hierro a consecuencia de una imprudencia que pudo costarle muy cara.

Los dos osos de Siria que viven en la fosa son un macho de pelaje amarillento oscuro, y una hembra casi negra. El hombre tuvo la suerte de caer sobre esta, con lo cual se amortiguó la fuerza del golpe, y la osa, asustada, huyó al extremo opuesto de la zanja, y se puso a correr de una parte a otra, buscando por dónde escapar. Pero el macho se había acercado al albañil y le olfateaba; al pronto se puso a lamerle suavemente y como jugando; el caído abrió los ojos, y al ver al oso junto a sí, quiso cerrarle la boca con la mano. Afortunadamente para él, tuvo la suficiente presencia de ánimo para no moverse ni intentar una lucha inútil.

Entre tanto acudieron en su auxilio. Uno de los guardas de la Rotonda y un carpintero corrieron a la barandilla, y desde allí rechazaron al oso con unas picas: al mismo tiempo llegó otro empleado con una recia cuerda cuya punta arrojó al albañil, el cual se agarró a ella, y apoyando los pies en la pared, fué izado y salvado de las garras del oso, muy a tiempo por cierto, pues enfurecido el animal por los gritos del público, por los golpes de las picas y al ver que se le escapaba su presa, hubiera dado seguramente cuenta del albañil.

El individuo que, según toda probabilidad, habría tenido una muerte trágica, salió de trance tan crítico con una desolladura en la frente, algunas contusiones en la espalda y varias lesiones en el costado causadas por un mordisco del oso que con las patas y los dientes quería atraerlo a sí cuando le sacaban de la fosa. El susto recibido y los cuatro días que guardó cama en el hospital le harán conservar memoria perdurable de la fosa de los osos.

MANDOLINATA

Á MI BUEN AMIGO EL INSIGNE TENOR ROBERTO STAGNO

Sì, andiam! la notte è bella,
la luna va spuntar,
di quà, di là
per la città
andiamci à trasturlar.

PALADILHE

I

¡Qué hermosa era Lauretta, y qué bien tocaba el violín su esposo Pietro!

Teníase a la una por la más gentil costurera de los talleres de Miss Gordón, y al otro por el músico más garbado de *La Stella de Niza*, grupo de profesores bohemios, que sólo daba serenatas a domicilio, cuando se trataba de ricos banqueros ó de príncipes de la sangre.

Pietro vió por primera vez a Lauretta una noche de luna en que recorría con sus compañeros de murga las calles de Niza, dispuestos a cumplir, punto por punto, lo preceptuado por las conocidas estrofas de Paladilhé:

Sì, andiam! la notte è bella, etc.

Vióla en un balcon bajo, envuelta en una bata ménos blanca que su cuello y mostrando al desnudo las líneas voluptuosas de sus hombros. Creyó que se le aparecía la Julieta de Shakespeare ó la Margarita de Goethe.

Habiéndose quedado absorto ante el balcon, con el violín en facha, el arco levantado y el *capello* en la coronilla, sintió un suave cogotazo en la nuca y oyó distintamente estas palabras dichas en tono un sí es no es agrío y afectuoso:

—¡Hombre, buena es esa, te pones a hacer cocos a mi hija y dejas sin concertino a nuestros camaradas!... Era el padre de Lauretta, compañero de Pietro, que salía de su casa con el trombon debajo del brazo, para unirse a los individuos de *La Stella* que templaban sus instrumentos en la acera de enfrente.

Pietro, loco de alegría al saber que aquella divinidad le era asequible, saludó a la jóven con exquisita cortesía, cogió el brazo del viejo y se propuso asediar la plaza con toda formalidad al día siguiente. Pocos meses después, el concertino de *La Stella* verificaba sus esponsales con la oficiala más bella de Miss Gordón, yendo a la parroquia a los alegres sonos de la *Mandolinata*, que tocaban todos los instrumentos de la Sociedad excepto su violín y el trombon de su suegro.

No hay que decir que, aquella noche, hubo música gratis para todo el barrio.

Pietro y Lauretta vivían felices. Eran dos palomitos enamorados que de día volaban acá y allá, para buscar el cotidiano sustento, y de noche se dormían en un mismo nido después de cambiar píos, arrulllos y aleteos.

Cuando Miss Gordón velaba y necesitaba de Lauretta para terminar algún traje de baile, Pietro, en vez de deshacer la cama matrimonial, que aunque humilde era primorosa y blanda, se entretenía en rondar el taller con el violín debajo del brazo, no siendo extraño que le hiciese conocer con un grito de sus cuerdas que le devoraba la impaciencia; por el contrario, si Pietro tenía que pasar la noche fuera de casa, Lauretta le templaba el lecho con su mórbido torso, pues tenía la seguridad de despertar tan pronto como sonase bajo su balcon un solo acorde de la *Mandolinata*.

Acaso extrañará a algunos que se hubiese establecido entre los cónyuges esta caprichosa correspondencia musical, pero es el caso que así acontecía, y no hemos de preguntar nosotros por qué va el cántaro a la fuente hasta

que se quiebra. La *Mandolinata*, había llegado a ser como el reclamo de aquellas aves enamoradas.

Que Lauretta y Pietro eran felices, saltaba a la vista con sólo penetrar en su humilde vivienda. La labor de la una se hallaba junto al atril y los papeles de música del otro; la funda del violín de Pietro cerca del corsé de Lauretta, como dos cajas que guardaban a veces tesoros de armonías y de latidos que se correspondían y se completaban; dos retratos hechos en cristal por Daguerre, estaban como refugiados bajo el camisolín de tul, de ella, y la corbata de espuma de seda que, él, usaba en las grandes solemnidades.

Tres años después del matrimonio, Pietro, cada vez más enamorado de su esposa, se permitía verdaderos derroches. Complacíase en ver aquellos hombros helénicos cubiertos de seda, aquellas orejas menudas adornadas de zarcillos de oro, aquel cuello encantador aprisionado con sargas de perlas.

Para esto había vendido hasta su magnífico *stradivarius*, que tocaba solo, según la gráfica expresión de sus amigos. Lauretta, por su parte, premiaba con un beso cada obsequio de su marido, y parecía irse acostumbrando a soportar las caricias, sólo cuando las precedían ruinosas prodigalidades.

Llegó, sin embargo, un día en que las deudas agobiaron al pobre concertino de *La Stella* y en que los caprichos de Lauretta no pudieron ser satisfechos. Poco a poco, de esa manera suave con que se oculta el más brillante sol y se secan las hojas de la más frondosa alameda, fué enfriándose el amor de Lauretta; los cuidados de Pietro parecieronle ridículos é insoportables y las privaciones que por él sufría, un tormento inútil y doloroso. Hasta llegó a molestarle que improvisara en su único violín sus antiguos caprichos sobre motivos de la *Mandolinata*.

Por esta época fué a establecerse a Niza un jóven marino, según el vulgo, capitán negrero, y según sus parásitos, oficial de marina que había tenido que emigrar de su país por causas semejantes a las que produjeron el ostracismo de Byron. Era el tal marino, hombre de facciones duras pero agradables, vestía con desusada elegancia, y vivía en un bonito piso frente a los talleres de Miss Gordón.

Una serie de peripecias vulgares que no merecen ser referidas hicieron que Lauretta conociera la predilección que por ella tenía el caballero Morland, que así se llamaba el vecino: fumando su pipa y balanceándose en una mecedora, pasaba las horas muertas, mirándola de hito en hito, desde el balcon de su dormitorio.

Una tarde, Lauretta leyó, a pesar suyo, el tercer billete que aquel pirata tenaz había hecho llegar a sus manos. Lucha sorda y terrible se entabló dentro de ella; inclinó la cabeza y guardó el papel en sitio seguro. Desde aquel punto, tocaron a muerto por la honra del pobre Pietro: Lauretta estaba perdida para siempre.

Pietro conoció que pasaba algo extraño en el alma de su esposa y redobló sus caricias y sus cuidados. Todo en vano, la suerte estaba echada: César se decidía a pasar el Rubicon.

Pocas noches después Pietro esperó a Lauretta, como de costumbre, a la puerta de los talleres de la célebre Miss, y la esperó inútilmente. Volvió a su casa, creyendo que la jóven habría podido apresurar su vuelta por alguna causa desconocida y se encontró sorprendido por el desorden que reinaba en aquel cuartito, antes tan limpio y acomodado. Los cofres vacíos y los armarios revueltos, decían bien a las claras que el ave había huido de la jaula, que Lauretta pagaba con la más negra de las ingratiudes el inmenso cariño del pobre Pietro.

El músico sintió miedo y frío en aquel lugar desierto y desmantelado, y después de regar con lágrimas las almohadas del lecho, salió para no volver más, tomando únicamente su violín y su saco de noche.

El resto lo abandonó a la saña de sus acreedores.

II

Lauretta llegó a alcanzar mucho más de lo que ambicionaba. Un precioso hotel, palco en la Opera, trenes para deslumbrar a las parisenses en el Bosque de Boleña, trajes de terciopelo y raso y montones de alhajas.

La querida del negrero Morland era en París la mujer a la moda, la envidia de las más celebradas demi-mondaines, la última palabra en riqueza y elegancia. Morland amaba acaso por primera vez y estaba orgulloso de su presa; Lauretta tenía su amor propio satisfecho y podía mirar a sus iguales por encima del hombro.

Si Pietro hubiera visto aquel seno desbordándose en un escote de ricos encajes de Bruselas; si hubiera podido contemplar el arranque de aquel cuello, que él había enlazado tantas veces, soportando toda una miriada de brillantes; si hubiera logrado, en fin, ver deslizarse sobre las alfombras del fastuoso hotel aquella figura vaporosa y lasciva como la tentación, que sólo se parecía a su Lauretta en la morbidez de las carnes, sin duda que hubiera muerto de envidia y de vergüenza.

La vida de Lauretta y Morland era mucho más íntima de lo que prescriben las costumbres francesas; ni una sola madrugada dejaban de reposar el uno en brazos del otro; un solo lecho, como el de Antonio y Cleopatra, ocupaba la alcoba más lujosa y *comfortable* del hotel.

Una noche en que el sueño no llamó, como solía, a las puertas de aquel áureo dormitorio, sin duda porque el ala de algún espíritu jugueteon le ahuyentara con su contacto de hielo, Lauretta se incorporó sobresaltada y es-

trechó la mano de Morland que se reclinaba á su lado.
—¿Oyes?—le dijo alzando su índice de nácar, cuya sombra se alargó sobre el raso del cortinaje, herido por el rayo de luz de la elegante lamparilla, que aún ardía sobre la mesa de noche.

—¡Sí! la *Mandolinata* que destroza algun músico callejero empotrado en la acera!—repuso Morland, que no podía comprender el efecto que en Lauretta había de causar tan sencilla ocurrencia.

—¡Ese que toca es mi marido!—añadió Lauretta, subiéndose, por impulso instintivo y extraño, la camisola de fino tul que cubría á medias su torneado pecho.

—¡Bah! ¿aún te acuerdas de aquel pobre diablo?—contestó Morland contrariado un tanto por aquellas notas pertinaces.—Vamos, reposa y déjate de trasnochados é ingratos recuerdos...

Lauretta calló, pero la *Mandolinata* siguió zumbando en su oído y en vano procuró conciliar el sueño; sacudiendo de nuevo el brazo de su amante le suplicó que llamase á su ayuda de cámara y diera algunas monedas á aquel impertinente que no la dejaba dormir. Morland accedió á su súplica: el criado salió y el silencio se restableció al cabo. El sueño de Lauretta fué, sin embargo, fatigoso é intranquilo.

A la madrugada del día siguiente repitióse la misma escena; Lauretta y Morland oyeron de nuevo la *Mandolinata* bajo las ventanas del hotel; el frío horrible de enero, y la nieve que caía en abundancia, como podía verse á través de los vidrios del dormitorio, no fueron obstáculo para que el músico continuase su alegre tocata; el criado del negrero suplicó y amenazó en vano. El mendigo, si lo era, sólo se ausentó ya entrado el día, cuando la cabeza fatigada de Lauretta se doblaba al fin, cansada de lidiar con el insomnio.

Morland tampoco durmió aquella noche, sin explicarse la causa. Para librarse del fastidio sin dar á conocer á Lauretta que podían preocuparle lo más mínimo aquellos pertinaces acordes, propuso á su querida una cena íntima que se prolongó hasta la salida del sol, por gusto de ambos. Cuando volvieron al hotel, el músico, envuelto en su capa parda, acurrucado en un portal y cubierto el rostro con el ala de su sombrero de fieltro, tocaba desafortunadamente la *Mandolinata*.

Esto comenzó á preocupar á los amantes seriamente. Para ella no admitía duda que Pietro la perseguía con aquel *ritornello* de tiempos pasados; para él, era una particularidad incomprensible aquella persecución cándida, aunque pertinaz é impertinente, en un marido burlado.

También á la noche siguiente y á la hora de costumbre volvió á sonar la *Mandolinata*. Morland rugió como león al que se acosa á alfilerazos y Lauretta procuró, en vano, disimular su intranquilidad y su agonía.

—¡Es necesario, que ese insolente músico no turbe más nuestro sueño!—dijo el raptor de la esposa de Pietro, arrojándose del lecho, ceñudo y sombrío, y rechazando á Lauretta que pugnaba por detenerle abrazándose á sus rodillas.

La lucha, entre ambos, salpicada de sollozos, besos, lágrimas é imprecações se prolongó hasta que el alba comenzó á penetrar por los cristales del aposento. Cuando Morland se disponía á ponerse su abrigo y tomaba con mano nerviosa una caja de pistolas, la música cesó como por encanto y un ruido ronco y desusado se mezcló á los primeros rumores de la mañana.

Lauretta entreatrió las maderas del balcon y lanzó un grito de espanto. En medio de un círculo de curiosos y tendido sobre la nieve, veíase el cuerpo rígido del músico callejero, que oprimía aún el violín entre sus crispadas manos.—¡Es un pobre hombre que ha muerto de frío!—decían los del corro á las curiosas comadres que se atropellaban por verle.—¡En la Morgue lo vereis mejor...!

Morland, que asomaba su erizada cabeza por detrás del hombro de Lauretta, exclamó, como si se sintiera aliviado del peso de una montaña:

—¡Ya lo ves, Lauretta, mañana no nos despertarán las vulgares notas de Paladilhe!...

La noche que siguió á este día Lauretta y Morland apuraron todos esos placeres que embotan y aturden, que fatigan el espíritu y el cuerpo; volvían del cenáculo de la *Maison Dorée* ansiosos de gustar el grato silencio de su gabinete.

Ni uno ni otro pronunciaban una palabra que pudiera recordar las torturas de la noche anterior, ni el inesperado desenlace del episodio del violinista; mas ¡oh fatalidad! sí, hubieron de estremecerse de nuevo de espanto y de horror apenas dejaron caer la cabeza en la almohada. Lauretta fué la primera que se irguió de nuevo, preguntando á Morland con angustioso acento:

—¿Oyes tú la *Mandolinata*?

—¡Sí!—rugió el negrero palideciendo profundamente y sintiendo erizarse el cabello sobre las sienes,—¡todavía Lauretta, todavía...! y cerca, muy cerca de nosotros!...

El sueño volvió á huir de aquellos párpados ardientes y ambos fueron presa instantánea de un terror supersticioso. Asidos de las manos, como Paolo y Francesca en el infierno, dejaron el lecho y se deslizaron como espectros sobre la alfombra, guiados por los ecos de aquella música fantástica y extrahumana.

Al cabo, Lauretta se detuvo en un ángulo del gabinete, ante un velador de palo santo con tapa de mármol y mostró á Morland una cajita de alerce labrada primorosamente:

—¡Sí, en efecto! aquí, aquí suena la maldita *Mandolinata*,—dijo el amante de Lauretta, rompiendo el precioso mueble de un puñetazo.

—¡Pérfida, aquí guardabas aún el corazón de tu esposo...!

La caja gimió como un laúd que se aplasta y saltó en astillas extinguiéndose las notas que de ella escapaban; la luz de un bujía aplicada por Lauretta á varios papeles que quedaron al descubierto terminó la obra de destrucción bajo tales auspicios comenzada.

Vueltos á la alcoba Lauretta se durmió profundamente, pero Morland, que no podía cerrar los ojos, sintió de nuevo la música infernal, de un modo blando, suave, misterioso, como el tic tac de un reloj ó el palpar del corazón en el pecho. Agobiado por aquel nuevo martirio y sintiendo miedo por la primera vez de su vida, se acercó á Lauretta y reclinó la cabeza en su seno.

¡Nunca hubiera osado tal cosa! Bajo aquella piel blanca y caldeada, dentro de aquel corazón cuyos latidos él había contado tantas veces; en el pecho de Lauretta en fin, sonaba la odiosa, la tenaz, la horrenda *Mandolinata*. Víctima de una de esas alucinaciones que no se explicarán jamás, desenlazóse de los brazos de su querida con la suavidad de la culebra y dejando el lujoso tálamo, buscó casi á tientas su cuchillo de caza.

Después sonó un grito, el único que pudo lanzar Lauretta: el hierro de Morland le había partido el corazón.

BENITO MAS Y PRAT

Sevilla, agosto de 1884

EL ABRAZO DE LA AGONIA

I

Vicenta y Enrique se sentaron frente á frente en el banco corrido que había á babor y á estribor; D. Julian desató la amarra, cargó el velacho barloventeando, y se colocó cerca de los dos jóvenes, al lado de la caña del timón.

La balandra fué tomando aire poco á poco, y se separó lentamente del muelle.

—¿Por qué no has traído á Pedro?—dijo Vicenta, dirigiéndose á D. Julian.—Temo que no puedas hacer tú solo la maniobra.

—Pedro,—contestó D. Julian,—está aún convaleciente de las tercianas. Fuera de esto, ¿sabes, querida, que esa duda respecto á mi habilidad me humilla, sobre todo delante de Enrique? Yo, casi nacido en el mar, yo, antiguo capitán de fragata, que he navegado en toda clase de buques, que he sorteado los escollos acantilados del Ogorry y las sirtes del Callao, ¿no he de saber dirigir una miserable balandra?

—Temo que te canses.

—Yo no me canso nunca ni de amarte ni en el mar.

Y D. Julian miró tiernamente á su joven esposa.

Luégo dirigiéndose á Enrique, dijo:

—Supongo, amigo mio, que este paseo marítimo le será agradable.

—Muy agradable, en tierra hace un calor terrible; aquí ya se siente otra temperatura.

—Estamos en junio, mes temible en Valencia, porque ni aun la brisa del mar es fresca. Además hemos comido fuerte y yo he bebido más que de costumbre. A propósito, amigo mio, ¿ha quedado V. satisfecho de mi *menú*, como ahora dicen que se dice?

—Ha sido V. un anfitrión maravilloso; he comido en el Grao como hubiera podido hacerlo en el Café Inglés de París.

—Me alegro mucho por V.; yo no soy gastrónomo: no tengo más que dos pasiones, mi mujer y el mar; y la segunda casi la he olvidado por la primera, pues, como usted comprenderá, este pobre Mediterráneo no me llena por completo. Además, lo primero es lo primero, y esta mujercita mía me ha hecho dejar mis antiguas costumbres y aficiones. Hace tres años que vivo en mi casita del Grao, tan feliz como un esquino en el agua, y por lo ménos hasta el otoño no quiero volver á la vida civilizada.

—¿Piensa V. trasladarse á Valencia?

—Quizá sí, cuando pase el calor.

—¿Y tal vez por esta causa he tenido el gusto de conocer á V. en el Casino?

—No precisamente por esto. Un deber de cariño y de parentesco me ha obligado á ir á Valencia algunos días. Tengo un primo á quien ha sucedido una terrible desgracia.

—¿Una desgracia?—preguntaron á duo Vicenta y Enrique.

—Sí, una catástrofe de corazón, la mayor acaso para un hombre tierno, recto y honrado, y en verdad que este recuerdo viene á menguar mi satisfacción presente.

Don Julian se puso en pié, sujetó el velacho, que braceaba, y volvió á sentarse.

Ninguno de los dos jóvenes se atrevió á hacerle pregunta alguna; á pesar de que á Vicenta, como hija de Eva, la preocupaba aquella *catástrofe de corazón*, que su marido había indicado.

II

Don Julian inclinó la cabeza en actitud meditabunda, y después de un momento de silencio, dijo:

—Las mujeres, amigo mio, cuando no son ángeles como la mía, son demonios como la de mi primo; en ellas no hay términos medios.

—¿Tu primo es casado?—preguntó Vicenta.

—Sí, desgraciadamente. Y, sin embargo, hasta hace unos días se creía el hombre más dichoso de la tierra;

¡qué abismos pueden abrirse en algunos días! Mi primo adoraba á su mujer, no vivía sino por ella y para ella, y yo le he oído decir: «Me alegro de no tener hijos, porque estos me robarían una parte del cariño de mi Enriqueta.» La mujer de mi primo se llama como V., amigo mio.

—Pero, bien,—dijo Vicenta viendo que su marido guardaba silencio.—¿Qué ha sucedido á tu primo? ¿qué le ha pasado con su mujer? ¿Ha muerto?

—Peor que eso.

—¡Peor!

—Denme ustedes palabra de ser discretos; sobre todo usted, Enrique, que frecuenta el mundo; sólo hay una cosa superior á la desgracia de mi primo: que se trasluzca siquiera.

—Por mi parte,—dijo el joven,—pierda V. cuidado: no suelo ocuparme de los demás.

—Mi primo,—repuso D. Julian,—ha estado ausente durante unos días, poco más ó ménos el tiempo en que yo pasé mi calenturilla tifoidea; volvió á su casa deseando resarcirse al lado de su mujer de aquella enojosa ausencia; halló á Enriqueta tan bella y cariñosa como siempre; era muy dichoso, como ya he dicho á ustedes: pero... un día... por causa de esa maldita combinación de un espejo frente á otro, ó yo no sé por qué otra casualidad, sorprendió á su mujer besando una carta y después guardándose en el pecho.

—¡Ah!—exclamó Vicenta.

D. Julian sin fijarse en esta exclamación, prosiguió:

—Mi primo, aunque muy bueno, es de carácter un tanto violento y muy celoso; sin embargo, no dijo nada á su mujer, pero desde aquel instante la carta besada fué su pesadilla. Entónces recordó que dos ó tres veces había visto á un joven pasar por frente á su casa; en fin, comenzó á experimentar esa inquietud y cavilosidad peculiares á todo celoso. No estoy en detalles, pero lo supongo: mi primo espía á su mujer, desprevenida contra el peligro; registró muebles, abrió cajones; ¡qué sé yo! lo cierto es que al poco tiempo, por la lectura de algunas cartas, se cercioró de que Enriqueta amaba apasionadamente á otro, al cual había introducido en su casa durante la ausencia de mi primo...

—¿Qué es esto!—interrumpió Vicenta,—el barco está mojado, siento humedad en los piés.

Don Julian y Enrique miraron al suelo de la balandra.

—¡Calle! ¡pues es verdad!—dijo aquel.—¡Ah! ya sé; debería haberlo previsto: es el rocío que precede á la noche en el mar, en el último mes de la primavera.

Y quitándose la americana que llevaba puesta, la dobló por la mitad, añadiendo:

—Alza los piés, Vicenta: esto te servirá de tapiz.

—Debíamos volver ya,—observó la joven;—la noche va cayendo.

—Como tú quieras; pero todavía hay media hora larga ántes del crepúsculo. Me he alejado algo á propósito, para que Enrique admire ese panorama encantador.

III

—Enrique,—continuó D. Julian,—V. es andaluz y debe tener algo de poeta; Cádiz, vista desde el mar, es más bella, pero no tan pintoresca como el Grao contemplado desde aquí y á esta hora. En la lejanía se pierden los groseros detalles y sólo quedan los graciosos contornos de ese pueblo que se parece á Beyruth en sus terrados y azoteas sobrecargados de flores. Esta hermosa tarde, ese cielo purísimo, los húmedos estuvis que aspiramos, me recuerdan otra tarde, nunca por mí olvidada, en que conocí á Vicenta.

Esta miró á su marido con alguna inquietud; quizá no le agradaba recordar el pasado.

—Siento tal desbordamiento de alegría, que me hace hablar,—repuso D. Julian.—Además quiero olvidarme de esa triste historia de mi primo... Después de todo él tiene la culpa; no ha sabido elegir la compañera de su vida; no ha acertado á *crearla*, digámoslo así; ha encontrado una mujer cualquiera, ha improvisado un matrimonio y... así ha salido este... Enrique, V. es inteligente y despreocupado; por algo he simpatizado con V. desde la primera vez que le ví en el Casino; V. es nuestro amigo, y mi mujer que es discreta me permitirá que explye mi corazón recordando un pasado que nos honra á ella y á mí.

—¿Cuándo volvemos?—preguntó Vicenta.—Nos alejamos mucho y voy teniendo frío.

Don Julian no oyó ó no quiso oír esta pregunta. El viento había cambiado: la vela de la balandra le recibía de lleno y estaba tan hinchada que parecía que iba á romperse.

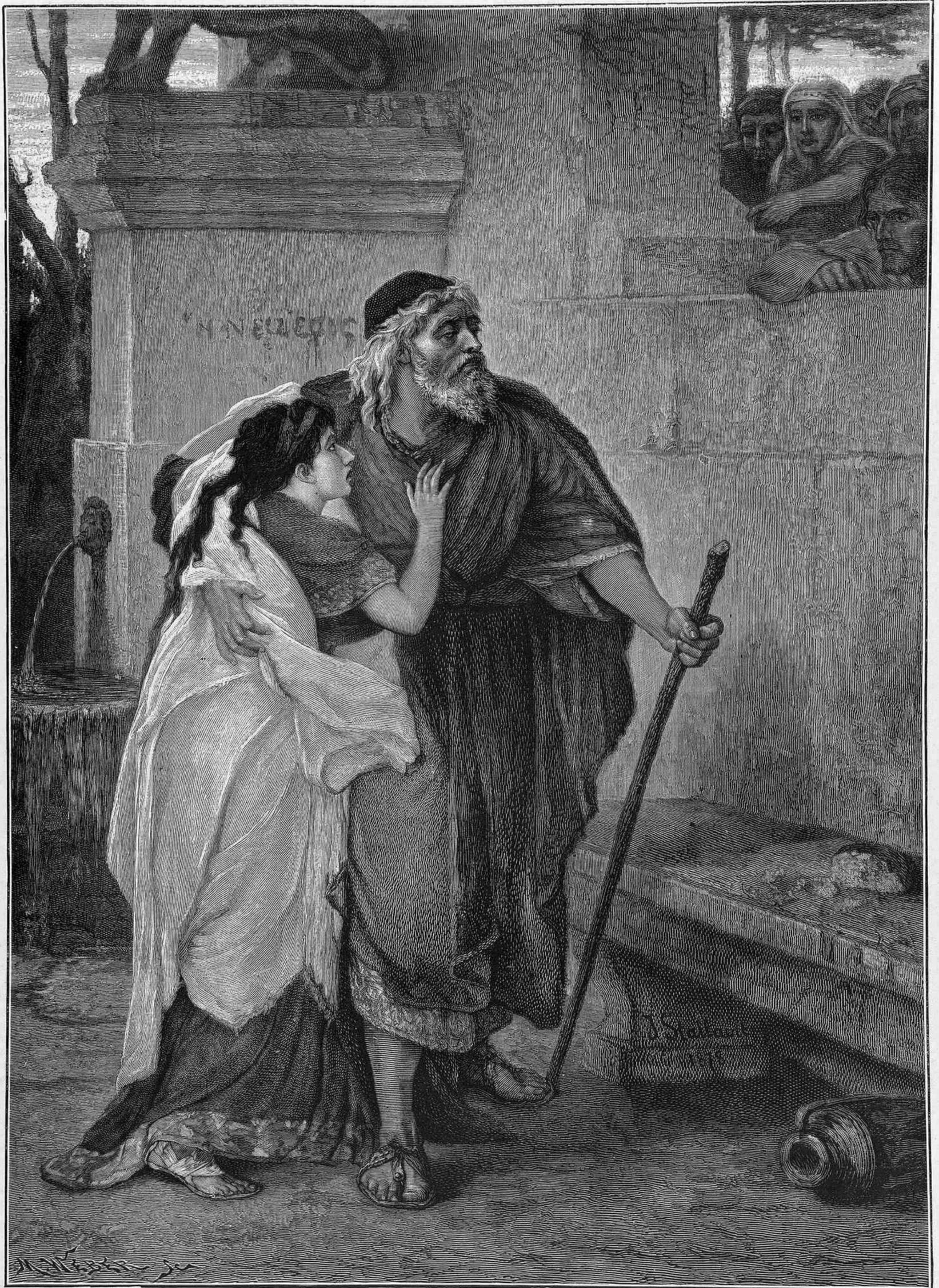
—Yo no entiendo de náutica, Sr. D. Julian,—dijo Enrique,—pero no obstante, me parece extraño que con tan buen viento boguemos tan lentamente.

—Es cierto, amigo mio, también á mí me sorprende: ¿á que venimos á parar en que Vicenta tiene razón y en que yo, después de cuarenta años de marino, he perdido los memoriales?

Y al decir estas palabras miraba con inquietud á todos lados.

Era el último momento del crepúsculo; la tierra estaba leños; las luces del Grao se veían como puntos dorados; en el mar había ya sombra, y el agua presentaba esas ráfagas luminosas y errantes, que en el Océano se asemejan al brillo metálico de los colibrís marinos y en el Mediterráneo á la fugaz estela que dejan los peces-lunas.

El silencio era completo, el mar parecía estar dormido, y en cuanto abarcaba la vista no se distinguía ni una sola embarcación.



EDIPO Y ANTIGONA, cuadro por J. Stallaert



NOCHE TOLEDANA, dibujo por Ricardo Balaca

IV

Vicenta tenía miedo, no sólo á la noche y á la soledad, sino que también á una cosa desconocida é inexplicable, que salía del agua, que flotaba en el ambiente, que penetraba en su corazón.

La mujer tiene revelaciones del espíritu ajenas al hombre; los augures y los magos pueden ser unos imposibles; pero por algo San Pablo ha colocado á las Sibilas en la Ciudad de Dios.

—Julian,—dijo la jóven poniéndose en pié,—volvámolos á casa, yo te lo ruego. La humedad es cada vez mayor.

El antiguo marino miró á su mujer con una expresión extraña é hizo virar en redondo á la balandra. Luégo volvió á ocupar su sitio junto al timón, encorvóse llevando la mano á uno de los costados del barco como si buscara alguna cosa, y recobrando su primitiva postura, inclinó la cabeza en actitud meditabunda.

La balandra bogaba de minuto en minuto con más lentitud.

V

Durante algun tiempo reinó en el barco un silencio profundo.

Vicenta, envuelta en un pañuelo de crespon, lanzaba inquietas miradas á su marido y á Enrique.

Este hallábase también preocupado; aquel paseo marítimo tenía para él algo de extraño é inexplicable.

De pronto D. Julian alzó la cabeza y después de mirar hácia todas partes como si quisiera sondear la sombra que ya había caído por completo sobre el mar, dijo:

—Perdone V., amigo mío, la tarde tan alegremente comenzada termina mal... Por más que lo procuro no puedo olvidar la desgracia de mi primo. ¡Pobre Manuel! Si le hubiera V. visto como yo llorar, blasfemar y desesperarse... Mi primo tiene un carácter reconcentrado, de esos que se socavan por no poder dilatarse, una energía superior, y un orgullo quizá excesivo; y como disimula delante de su mujer, á solas sufre unas crisis tremendas. Cuando me contaba su desgracia se hallaba por casualidad frente á un espejo y él mismo se asustó de sí propio. Sus ojos estaban velados por un reflejo vítreo, su cara tenía un color terroso, sus dedos se crispaban, en fin, aquello era espantoso. V., Enrique, jóven y quizás infiltrado en las ideas actuales, no comprenderá estos extremos: un marido engañado no es cosa rara, pero en esta historia vulgar del matrimonio puede haber circunstancias agravantes.

Don Julian calló por un instante: los dos jóvenes se miraron como impulsados por el mismo pensamiento.

—Mi primo,—prosiguió el antiguo marino,—conoció á la que hoy es su mujer en la Glorieta de Valencia poco ménos que pidiendo limosna. Era hija de una cigarrera. Se compadeció de la madre y se enamoró de la hija; recogiólas en su casa, hizo educar á la niña y cuando esta fué jóven se casó con ella. Así pues, su cariño participaba del de padre y del de amante; no era cariño, sino idolatría. Él, que casi ha vivido sin familia, reconcentró en aquella criatura adorada todos los sentimientos del corazón... pero ella es una hiena y...

Un grito ahogado interrumpió á D. Julian. Vicenta había caído desplomada al suelo de la embarcación.

VI

Enrique se apresuró á levantarla. Aquel permaneció en su sitio y volvió á llevar su mano al costado de la balandra.

—Señor mío,—dijo el jóven mirando con fijeza á don Julian,—¿qué significa todo esto? Están sucediendo cosas inexplicables.

—Y lo peor es,—prosiguió el antiguo marino como hablando consigo mismo,—que yo conozco á Manuel. Es vengativo como buen valenciano; y viejo ya, rotos los lazos que le unían á la vida, herido en las más hondas fibras del corazón, será capaz de cualquier cosa. Por de pronto se ha hecho amigo del amante de su mujer y recelo que tome una venganza terrible...

—¡D. Julian!...—exclamó el jóven poniéndose en pié. Pero un nuevo incidente interrumpió la frase que iba á salir de sus labios. La balandra estaba llena de agua y se sumergía rápidamente en el mar.

VII

Oscuridad completa.

Espesos nubarrones velaron la luz de las estrellas. Entre los dos abismos de la noche y del agua se oyeron gritos, carcajadas estridentes, sollozos. Si hubiera acertado á pasar en su barca algun pescador rezagado, difícilmente se hubiera dado cuenta de aquel fantástico espectáculo. Dos bultos que se movían con rapidez se agarraban á un mastelero en el que flotaba una lona hecha jirones; parecían dos espectros disputándose un sudario; un tercer bulto, de pié en la popa de la balandra, que se hundía en el agua, exclamaba:

—¡Oh! sí, sí, asfos bien; no hay abrazo más estrecho ni más indisoluble que el de la muerte con la agonía!

ENRIQUE VALDIVIESO

AMOR Á PRUEBA

Cuento en acción

INTERLOCUTORES

Dorotea, viuda que confiesa espontáneamente 28 años y cuya fe de bautismo le lleva diez lo ménos; á pesar de lo cual está todavía guapa y fresca, si bien en esto de la frescura hay que considerar la de *Dorotea* para tocarse y retocarse; no faltando amigas íntimas suyas que den por hecho que se pinta y hasta que se esmalta el rostro. Sea de ello lo que quiera, el caso es que *Dorotea* no representa más edad de la que ella declara: su cuerpo es esbelto, su talle encantador, sus manos y sus piés una preciosidad, ó por mejor decir, cuatro preciosidades, y su cabeza que, como lo mejor, hemos dejado de intento para lo último, es capaz de hacérsela perder á cualquiera. *Dorotea* es una morena *hasta allí*: los ojos hablan solos y son tan grandes que parece que se van á comer á la gente; la nariz, aguileña y aristocrática; el labio superior dulcemente sombreado por un remedo de bigote que sólo parece servir para que cuando *Dorotea* se ríe (y esto sucede muy á menudo) brillen y luzcan más y más los dientes blancos é iguales de la buena moza.—Confesamos que un observador perspicaz y minucioso podrá descubrir mano de gato en esta hermosura; pero la mano de ese gato es delicadísima, no de gato vulgar y ramplón de los de carbonera y tejado, sino de gato de Angora, digno de subirse en el mejor diván del estrado y de sentarse con su ama á la mesa. *Dorotea* en fin es una obra de arte y la pintura en ella vale tanto ó más que la que Velázquez, Rembrandt ó Van-Dik pusieran en su lienzo más famoso.

Jacinta, doncella al servicio de *Dorotea*. Muchacha de 24 ó 25 años, con el pelo rojo y la cara pecaminosa, ó llena de pecas para decir las cosas como Dios manda. *Jacinta* es fea y hasta los ojos verdosillos y ruines valen en ella poco, pero es lista y graciosa, tiene arte para mirar y para andar y hay en Madrid una porción de ayudas de cámara, cocheros y áun empleados de seis y ocho mil reales que suspiran por ella con más ó ménos éxito.

Don Crescencio Medinilla, hombre de cincuenta años muy cumplidos, pero sano como una manzana y fuerte como un toro,—aunque sea mala comparación. *D. Crescencio* es comerciante retirado, tiene la figura vulgarísima y, á pesar de que se viste con buenos sastres, resulta un *cursi* de primera magnitud. No contribuyen poco á este resultado fatal los diamantes de la pechera que parecen haber nacido allí y ser inamovibles, la cadena y los dijes del reloj y la respetable cantidad de sortijas que hay siempre en sus manos gordas, bastas y peludas.

La acción del suceso que daremos á conocer á nuestros lectores, dejando á los citados personajes moverse y hablar por sí mismos, pasó en Madrid no ha muchos días en casa de *Dorotea* y en un gabinete modesta y limpiamente amueblado. *Dorotea* no tiene otras rentas que la viudedad que le dejó el difunto brigadier Martínez y, dada la vida que ella cree deber hacer, con aquello no hay ni para empezar.

ESCENA I

DOROTEA, quitándose con un cepillito algo que le blanquea en el pelo junto á las sienes, (unas lectoras creerán que la viudita acaba de darse polvos de arroz y procura quitarse los adheridos al cabello; otras maliciarán acaso que el cepillo no está limpio, sin estar sucio, y que *Dorotea* no se quita sino se da). Y dice *Dorotea*:

No hay que darle vueltas ni obstinarse en buscar otra solución al asunto. Dejémosnos de romanticismos tontos y que no me permiten ni mi posición ni mi edad. Ya no soy una niña y no debo hacer niñadas. *D. Crescencio* es un ente ridículo y no le encuentro otra ventaja, por más que se la busco, que la de ser limpio y aseado; pero está perdidamente enamorado de mí... en cuanto se puede enamorar y perder un hombre de su estofa, criado detrás de un mostrador y que durante mucho tiempo no supo ni quiso saber otra cosa sino que dos y dos son cuatro.—Lo cual es una verdad de á folio: dos mil reales que debo al casero y dos mil que no he pagado todavía en la tienda de al lado, son cuatro mil reales que no sé de dónde sacar.—¡Es tan feo y tan raro ese dichoso señor *Medinilla*!... Pero las cosas no pueden seguir así; yo no me explico ni cómo se sostienen así todavía. Mi pobre *Manolo* me acostumbro muy mal, pero muy mal, y eso de pasar una mujer de tener carruaje y abono en el teatro y dos mil reales al mes para alfileres y una casa capaz para dar comidas y hasta bailes, á un cuartito de quince duros del cual sólo puedo salir en simon para ir al teatro *de gorrera* y donde gracias que pueda dar comidas á mi doncella... el contraste es terrible. Yo debí aprovecharme del año de luto para variar radicalmente de vida, ya que mi marido (que en paz descansa) no me dejó el secreto de convertir los duros en onzas de oro. Ya se ve, el ejemplo me fué fatal: *Manolo*, sin otra cosa que el sueldo de brigadier, gastaba y triunfaba como un capitán general. Yo creo que jugaba, y que ganaba, por supuesto.—La pícara vanidad me cegó. Creía yo que honraba poco la memoria de mi pobre esposo descendiendo de la posición en que él me había colocado... Después, y por lo mismo que me encontraba tan mal sin él, pensé en que podría volver á casarme y hasta en que debería hacerlo para no dar lugar á habillitas. Yo, tonta de mí, juzgué que viviendo bien conviviría mejor á vivir conmigo, y no pensé que los amantes de estos tiempos tienen la aritmética en las uñas y lo calculan todo. Viéndola á una vivir con cierto desahogo, los pobres se asustan; los interesados se escaman

é investigan, y los ricos no se ponen en condiciones de que una les haga pagar sus malos propósitos con una vida santa y ajustada á lo que manda nuestra Santa Madre la Iglesia. ¡Cuánto tiempo he perdido y qué terrible bajón he dado! ¡Cuánta desilusión! *Eduardito*, el ayudante de campo de mi esposo, su mejor amigo (porque la verdad es que los tenía malísimos) y una de las personas en quien yo he confiado más, pareció al pronto hallarse dispuesto á cumplir como persona formal y agradecida... Pero me lo ascendieron, me lo destinaron á Cuba y su amor ardiente, volcánico, fué apagándose poco á poco como esas ruedas de los fuegos de artificio cuyo movimiento y cuya lumbré se convierten tan pronto en quietud y en humo.—*Eduardito* me gustaba de véras; pero, por lo visto, de véras sólo le gusto yo á *D. Crescencio*. Y á este no hay que hacerle ascós: este es un tío marrajo y marullero á quien no conviene poner otras dificultades que las precisas para que no abandone por fácil la empresa ó para que no vaya á tomar el rábano por las hojas. Es tan triste mi vida que, mentira parece, pero aguardo con impaciencia la solemne visita que me ofreció anoche en casa de *Concha* sin duda para hacerme su declaración oficial, el antiguo propietario de *El delfín de oro*.

ESCENA II

DOROTEA y *JACINTA*, que viene de la calle y quitándose la mantilla,

JACINTA

Señorita, si me descuido un momento llega ántes que yo.

DOROTEA

¿D. Crescencio?

JACINTA

Pues ¿quién ha de ser? ¿Hay en el mundo otro hombre para nosotras que el señor *Medinilla*?

DOROTEA

Ese «para nosotras» me hace gracia.

JACINTA

¿Pues qué? ¿digo mal? ¿No sabe la señorita que todas sus cosas las considero yo como mias hace mucho tiempo?

DOROTEA

¿Todas?

JACINTA

Todas las que puedo y debo considerar así. Tome V. la llave de la puerta. (*Dando á su señora una llave que ella guarda en un armario.*)

DOROTEA

¿Y dices que ya llega D. Crescencio?

JACINTA

Sí; pero aún tenemos lugar para charlar un poco. Como hoy hace frío y podría resfriarse el caballo, viene á pié, y primero que él se eche al cuerpo estos ochenta y ocho escalones siempre pasa un rato.

DOROTEA

¿Hablaste con la doncella de *Concha*?

JACINTA

Largo y tendido.

DOROTEA

Pues despacha, mujer.

JACINTA

El señor *D. Crescencio Medinilla* viene hoy, como nosotras sospechábamos, á declarar á V. en toda regla su atrevido pensamiento. V. (y todo esto lo oyó *Rafaela* de boca del interesado cumpliendo mi encargo de escuchar las conversaciones entre *D. Crescencio* y su ama...) V., iba á decir, tiene mareado á ese pobre hombre con tanto dinero. Su intención es casarse para setiembre ú octubre si V. no lo desaira y admite ciertas condiciones que no quiso decir á *doña Concha* después de hablarle de ellas. Lo que sí le confesó la renta que posee actualmente. En acciones del Banco, unos seis mil duros; en renta del 3 por 100 consolidado cuatro mil.

DOROTEA

Diez mil: no está mal.

JACINTA

Una casa en Madrid, calle de la Montera, que da todos los años setenta mil reales; otras dos casas en las calles de la Ballesta y de *Jesus del Valle* que rentan diez mil la primera y trece mil la segunda.

DOROTEA

Subiendo un poco los alquileres de esas casas tenemos quince mil duros de renta.

JACINTA

Don Crescencio tiene además una magnífica posesión en Asturias que vale veinte mil duros como cuatro cuartos.

DOROTEA

No añadas una palabra más, porque si seguimos ha

blando y si luego se me declara en efecto y me dejo ablandar, yo misma tendré el recelo de que le acepto por su posición y no por sus prendas personales.

JACINTA

Señorita, y ¿qué prendas más personales que el dinero? ¿Hay alguna que sea más propia de la persona que lo tiene?

DOROTEA

Puede que tengas razón, mujer.

JACINTA

¡Si tengo razón!—Mire V., señorita, las viruelas se pegan: las monedas de cinco duros, no. *(Suena dentro la campanilla.)*

DOROTEA

Vé a abrir: debe ser D. Crescencio.

JACINTA

¡Lo que habrá sudado el pobre señor!

ESCENA III

DOROTEA sola un momento y en seguida D. CRESCENCIO que acompañado por JACINTA penetra majestuosamente en la habitación, vestido de gala... sin uniforme, porque no le tiene, pero con la más larga de sus levitas, con el más claro de sus *pardesues* y con una cinta amarilla y blanca en uno de los ojos que acredita al señor de Medinilla como comendador ordinario de Isabel la Católica. JACINTA se retira prudentemente, aun cuando es de presumir que escuche sin ser vista la siguiente conversación.

DOROTEA (que se ha sentado en un diván; alargando afectuosamente la mano a D. Crescencio, que avanza hacia ella un si es no es cortado y confuso)

Señor de Medinilla.

D. CRESCENCIO

Señora... Estoy a los pies de V. y beso a V. la mano.

DOROTEA

Usted tan fino y tan cortés como siempre.—Pero, por Dios, siéntese V. *(Don Crescencio va a buscar una silla y no se decide por ninguna.)*—Aquí, aquí, a mi lado; este asiento estaba reservado para V.

D. CRESCENCIO

Señora...

DOROTEA

Pero deje V. ese sombrero, que estará V. molesto con él. Deme V. *(tomándolo con la idea de ponerlo sobre un velador.)*

D. CRESCENCIO

Deje V., señora... aquí está bien *(poniéndolo en el suelo.)*

DOROTEA

¿En el suelo lo deja V.?

D. CRESCENCIO

Es el nuevo, pero no importa.

DOROTEA tirando de la campanilla; a Jacinta que aparece en el acto.

Jacinta, recoge el sombrero del señor, pásale un cepillo y cuídalo como si fuera mi propia persona.

D. CRESCENCIO (picado)

¿Habrá querido darme una lección?

DOROTEA (con mucha amabilidad)

Con que, dígame el señor D. Crescencio a qué debo la fortuna de esta esperada pero no por eso menos agradable visita.

D. CRESCENCIO

Señora, yo soy un hombre sumamente raro.

DOROTEA

¿Usted?

D. CRESCENCIO

Casi estoy por decir que soy un hombre que no se parece a nadie.

DOROTEA (conteniendo con dificultad la risa)

Creo que exagera V. un poco.

D. CRESCENCIO

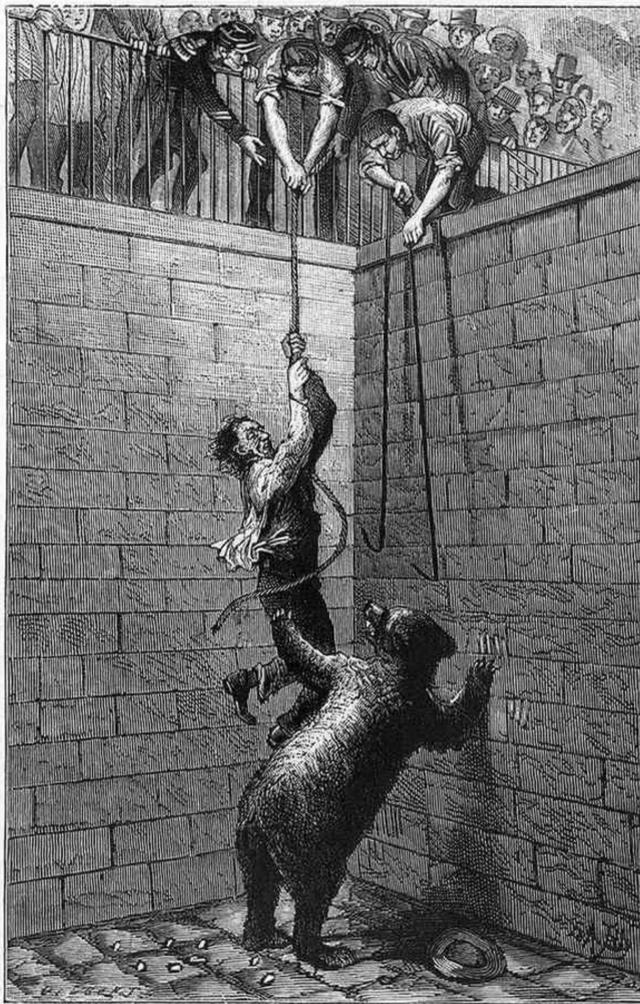
No señora; no exagero nada y V. lo sabe y hace muy mal en burlarse de quien hasta ahora no ha cometido otro delito que el de estar enamorado de V.

DOROTEA

Señor de Medinilla...

D. CRESCENCIO (con mucho aplomo y ya del todo dueño de sí)

¿Querrá V. hacerme creer que tampoco sabía esto? Pues haría V. muy mal, porque sería inútil.



SALVAMENTO DE UN HOMBRE CAÍDO EN LA FOSA DE LOS OSOS DEL JARDIN DE PLANTAS DE PARIS

DOROTEA

Voy creyendo, en efecto, que es V. un hombre que no se parece a nadie.

D. CRESCENCIO

Señora, yo soy un hombre que no puedo ni debo creerme completamente estúpido. Hijo de padres pobrísimo, he llegado con mi trabajo y con mi industria a reunir una fortuna considerable; y esto solo ya basta y sobra para que el hombre más modesto se estime en algo, aunque sea en poco. Bien sé que mi falta de educación no me permite decir bien las cosas, y que al querer explicar lo que siento, diré mil disparates a cada paso...

DOROTEA

Hasta ahora, señor de Medinilla, habla V. como un libro.

D. CRESCENCIO

Aunque soy muy ignorante, sé también que hay libros rematadamente malos y que la mayoría de las necedades que se han dicho en el mundo corren por él en letras de molde.

DOROTEA

Eso no tiene vuelta de hoja; (tiene más ingenio este hombre del que yo creía).

D. CRESCENCIO

También comprendo que mi situación al lado de V. en este instante no puede ser más difícil y desairada. Usted es una mujer acostumbrada a tratar con lo mejor de Madrid y superior a este pobre diablo, bajo todos conceptos: la única ventaja que yo le llevo a V. es casi, y sin casi, una nueva desventaja para mí en este momento. Permítame V. que antes de llegar al fin de este discurso, el más largo que he pronunciado y pienso pronunciar en toda mi vida, hable un poco de cómo he llegado a ser lo que soy. Para mí es un verdadero negocio el casarme con V. (porque no hay para qué decir que yo no puedo hacer a V. el amor con otro propósito): la buena fe ha sido la base de todos mis negocios en el comercio y no he de abandonar, ahora que emprendo el más importante, lo que me ha servido de escudo al emprender todos los demás.

DOROTEA

Diga V. todo lo que quiera, que yo le oigo con mucho gusto.

D. CRESCENCIO

Dorotea...—Déjeme V. que la llame así y que vaya tomando un poco de confianza.—Yo vine a Madrid cuando tenía once años a vender sedas y a plagarme de sabañones en un comercio de la calle de Postas, propiedad de unos parientes lejanos de mi madre. Allí permanecí colocado hasta muy cumplidos los quince, edad en

que ya empezó a hacerse insoportable mi ocupación. Cada hombre tiene en el mundo sus instintos y sus aficiones, y salvo algunos que no sirven absolutamente para nada, todos servimos para una cosa. El *quid* está en averiguar a tiempo para qué cosa sirve cada uno. Mis amos solían mandarme llevar algún encargo que otro a casa de los parroquianos de la tienda; y yo, cuando después de anochecido iba con mis paquetes debajo del brazo a tal ó a cual parte, solía quedarme absorto y como embobado delante de los escaparates de las tiendas de lujo que ya había por aquel entonces en la Puerta del Sol y en la calle de la Montera. Viendo a través de los cristales las lámparas de reluciente cristal y de metal dorado, los relojes de bronce y los espejos que aumentaban la claridad y alegraban los ojos, sentía yo en mi corazón una voz poderosa y que aún no ha acabado de resonar allí y que me decía una y mil veces: «Crescencio, tú has nacido para la quincalla!»—¿Se rie V.?

DOROTEA

¡Dios me libre! Esa misma voz es la que escuchaba Macbeth cuando las brujas le decían: «¡Tú serás rey!»

D. CRESCENCIO

Búrlese V. todo lo que quiera; pero yo, si V. se casara conmigo, no me cambiaría por todos los reyes del mundo.

DOROTEA (algo conmovida a su pesar y apretando la mano a D. Crescencio)

Es V. un hombre de corazón.

D. CRESCENCIO

No le doy a V. las gracias, porque es la pura verdad. Con mis ahorros, con la noble protección de mi principal que llegó a interesarme en los negocios de su casa, conseguí un día empezar a realizar mi sueño y al fin lo miré cumplido de todo en todo. *El delfín de oro*, tiendecita inaugurada pobremente, llegó a ser uno de los establecimientos más importantes de la corte y después de más de treinta años de trabajo continuo me retiré del comercio tranquilo ya sobre la comodidad de mis últimos años.

DOROTEA

¿Y cómo no ha pensado V. en casarse hasta ahora?

D. CRESCENCIO

Me ha faltado tiempo para hacer el amor... Y hoy que lo tengo... me parece que ha llegado a sobrarme.

(Continuará)

CÁRLCS COELLO

EL FUEGO DEL CIELO

Muchos y muy distinguidos fisiólogos extranjeros se vienen dedicando de algún tiempo a esta parte al estudio de las causas de que dimana la conservación, después de la muerte, de la actitud ó postura que guardaba el individuo muerto, en el momento de extinguirse en él la vida. Las causas a que se atribuye este fenómeno son varias, mas en el estado actual de la ciencia todavía no han pasado de hipótesis, sin que hasta el presente se haya dado con ninguna explicación precisa, concluyente y que responda victoriosamente a toda objeción.

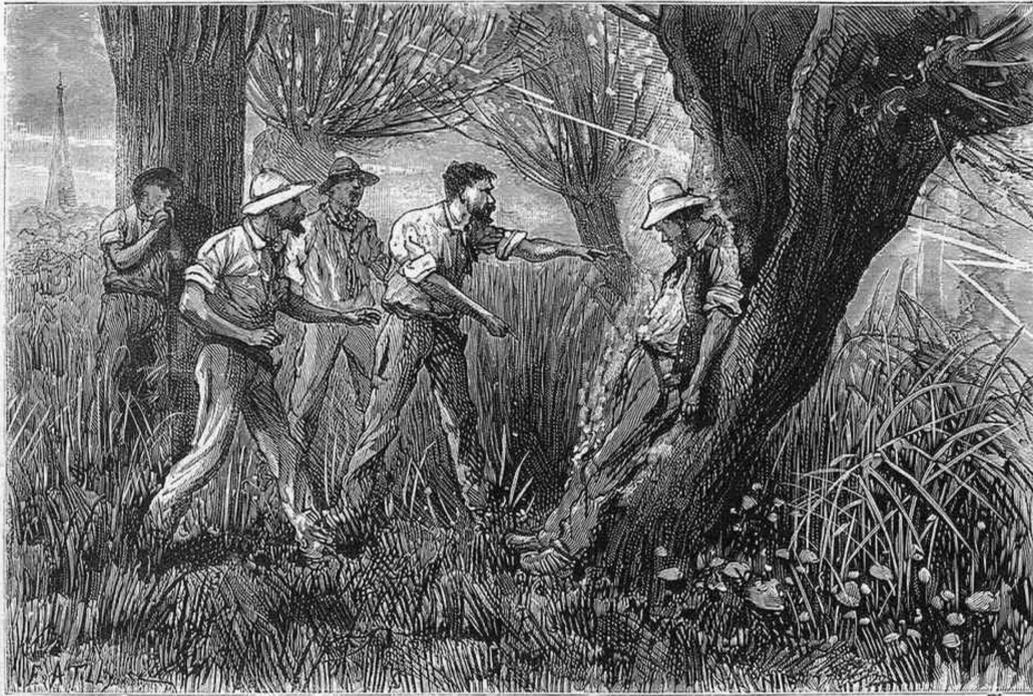
Para que dicho fenómeno se presente, se requiere que medien ciertas circunstancias particulares, la principal de las cuales parece ser una muerte violenta, instantánea ó por lo menos muy rápida, aun cuando suele acontecer que no falte esta condición y que, sin embargo, no se observe dicha conservación de la actitud.

Háse hecho intervenir también como causa activa la influencia moral ejercida en el individuo en ciertos casos en que la muerte no hubiera sido instantánea ó por lo menos en que el paciente hubiera podido tener la conciencia, la percepción rápida del peligro que le amenazaba. Y sin explicar la causa inmediata, el punto de partida de esta acción instantánea del sistema nervioso, se la designaba con el nombre de *sideración*, es decir, *fulminación, fulguración*.

Los casos en que se puede aplicar esta expresión de *sideración*, no ya en sentido figurado, sino en el propio, son aquellos en que la muerte ha sido producida por el rayo, y de ellos vamos a ocuparnos especialmente en este artículo. Como dichos casos son numerosos y pueden contribuir a ilustrar el asunto, así como servir de enseñanza para que no se desdeñen las precauciones que deben tomarse a fin de esquivar en lo posible la rapidísima arremetida de ese formidable enemigo, citaremos algunos de los más notables.

1.º Uno de los más antiguos es el relatado por J. B. Cardan en una obra publicada acerca del asunto. Mientras ocho segadores estaban almorzando al pie de una encina, cayó sobre ellos un rayo cuyo estallido resonó a larga distancia y que los dejó a todos instantáneamente muertos. Cuando se acercaron algunos transeuntes para ver lo que había ocurrido, los infelices parecían continuar su almuerzo con toda tranquilidad, como si la muerte no los hubiera sorprendido a los postres.

Uno tenía todavía una escudilla en la mano, otro se llevaba el pan a la boca y un tercero metía la mano en el



¿NO VES QUE TE QUEMAS?

plato. La muerte los había dejado á todos en la misma postura que tenían cuando estalló el rayo. Parecían estatuas esculpidas en mármol negro. La vida huyó de ellos tan rápidamente que sus rostros no tuvieron tiempo de contraerse adquiriendo una expresión dolorosa; sus músculos se quedaron en la misma actitud que tenían en el momento de la descarga eléctrica: sus ojos y bocas continuaban abiertos, y si el color de la piel no hubiese variado, la ilusión habría sido completa: hubiérase creído que en aquellos cadáveres palpitaba aún la vida, causando sorpresa su incomprensible inmovilidad. Los más de aquellos segadores tenían la piel ennegrecida, como si los hubiera ahumado la acción de la electricidad.

2. Muchas personas han puesto en duda el caso anterior, pero desde entonces han ocurrido otros análogos en idénticas condiciones.

Diez segadores, refugiados junto á un vallado, perecieron al poco tiempo de igual modo. Estos desgraciados aprovechaban un instante de reposo y tomaban pacíficamente un refrigerio ántes de continuar su ruda tarea. Cítase un detalle que demuestra la espantosa rapidez con que cuatro de ellos pasaron de la vida á la muerte. Uno tenía un perrillo en las rodillas en el momento de caer la exhalación: el infeliz acariciaba con una mano al animal y con la otra le daba un pedazo de pan. El amo y el perro no eran ya más que inertes masas de músculos rígidos, y sin embargo, el pan continuaba todavía en una mano definitivamente paralizada. Otro conservaba entre los dedos un poco de rapé que iba á tomar, y otro estaba sentado, con los ojos abiertos y la cabeza vuelta hácia el lado de la tempestad.

3. El abate Richard cuenta que el demandero del seminario de Troyes regresaba á caballo á su domicilio, cuando le alcanzó un rayo. Seguíale un fraile, el cual vió que se tambaleaba sobre su cabalgadura, pero creyéndole dormido, como de costumbre, le sacudió para despertarle segun tenían que hacer con él casi siempre. El demandero había sido muerto por la chispa eléctrica, siendo lo más particular que su acompañante no vió pasar el flúido y que el caballo no recibiera daño alguno.

4. En los anales súbmbres del rayo se cita otro caso análogo. Un sacerdote que iba á caballo murió del mismo modo sin caer á tierra. El animal continuó impasible su marcha entre relámpagos y truenos, llevando á su amo difunto con su docilidad acostumbrada. El desgraciado cura solía cabalgar por el mismo camino con bastante frecuencia; su caballo conocía perfectamente todas las vueltas y revueltas, por lo cual no era menester guiarle; así fué que se vió llegar á la casa al noble animal llevando á su amo sobre su lomo, como si no hubiera ocurrido nada de particular durante aquel viaje fantástico. Pero el viajero no debía apearse vivo de la silla donde el rayo lo había clavado dando á sus miembros una rigidez espantosa.

5. Un hombre, sorprendido por una tormenta en las cercanías de Dover, se refugió con cuatro caballos al pié de un matorral. Habiendo caído un rayo, mató al hombre y á los caballos, con la particularidad de que el primero se quedó sentado.

6. En julio de 1819 cayó una chispa eléctrica en la iglesia de Chateaufort, resultando nueve personas muertas y ochenta y dos heridas. Lo más singular del caso fué que á todos los perros que estaban en la iglesia se les encontraron muertos en la misma actitud que tenían.

7. Tres soldados, ignorantes como un gran número de personas del gravísimo riesgo á que se exponían guareciéndose debajo de los árboles cuando estalla una tormenta, se habían refugiado bajo un tilo. Cayó una exhalación y los dejó instantáneamente muertos, pero quedando los tres de pié en su posición primitiva, como si no los hubiera tocado el flúido eléctrico, y con las ropas intactas. Cuando cesó la tormenta, algunos transeúntes se

acercaron á ellos, y como les hablaban sin obtener respuesta, se llegaron á tocarlos, y entonces cayeron reducidos á negrozco polvo.

8. En 1845, cinco habitantes de Heiltz-le-Maurupt, cerca de Vitry-le-François se refugiaron, cuatro de ellos, al pié de un álamo y el quinto tuvo la malhadada ocurrencia de apoyarse contra un sauce, árbol que parece tener una afinidad particular para con la materia fulgurante; al poco rato, cayó sobre él un rayo. Sus compañeros notaron que brotaba una llama brillante de su ropa. «¡Que te quemas! ¡que te quemas! le dijeron; ¿no ves que estás ardiendo?» mas como no se moviese, se acercaron á él, quedándose mudos de estupor al ver que su compañero era cadáver, aunque continuaba de pié (véase el grabado).

9. Esta observación se refiere á un animal. El 22 de enero de 1849 una cabra fué alcanzada por un rayo y muerta en el acto. Se la encontró de pié sobre sus patas traseras y teniendo todavía en la boca una ramita.

10. La mujer de un viticultor de las cercanías de Nancy estaba cogiendo flores para hacer un ramillete, cuando estalló una tormenta. Aquella infeliz fué herida por un espantoso rayo, y se la encontró de pié, teniendo aún en la mano una margarita que acababa de arrancar de su tallo.

11. Una mujer casada con un minero de la Ricamarie, había ido á ver á su familia á Saint-Romain-lès-Atheux, llevando consigo un hijo suyo de cuatro meses. Era el 16 de julio de 1866 y estaba sola en la casa durante una tormenta. Cuando sus parientes regresaron del campo, la encontraron muerta por un rayo. La pobre mujer estaba de rodillas en un rincón del cuarto, con la cabeza escondida entre las manos y sin señal de lesión alguna. La criaturita que estaba acostada en la misma habitación, salió ileso.

Un caso análogo al anterior ha ocurrido hace pocas semanas en un pueblo español cuyo nombre no recordamos. Habiendo estallado una tormenta, una pobre mujer se sintió poseída de tal terror que se postró de hinojos ante una imagen, rodeada de sus hijos, y se puso á recitar las oraciones propias de estos casos. Estas no debieron ser acogidas, por cuanto un rayo la dejó muerta, encontrándola los vecinos en la misma actitud suplicante que guardaba, sin que los hijos hubieran sufrido daño.

No seguiremos adelante en la enumeración de casos de esta naturaleza, por más que podríamos multiplicarlos con sólo consultar las muchas obras que se han escrito acerca de los fenómenos eléctricos.

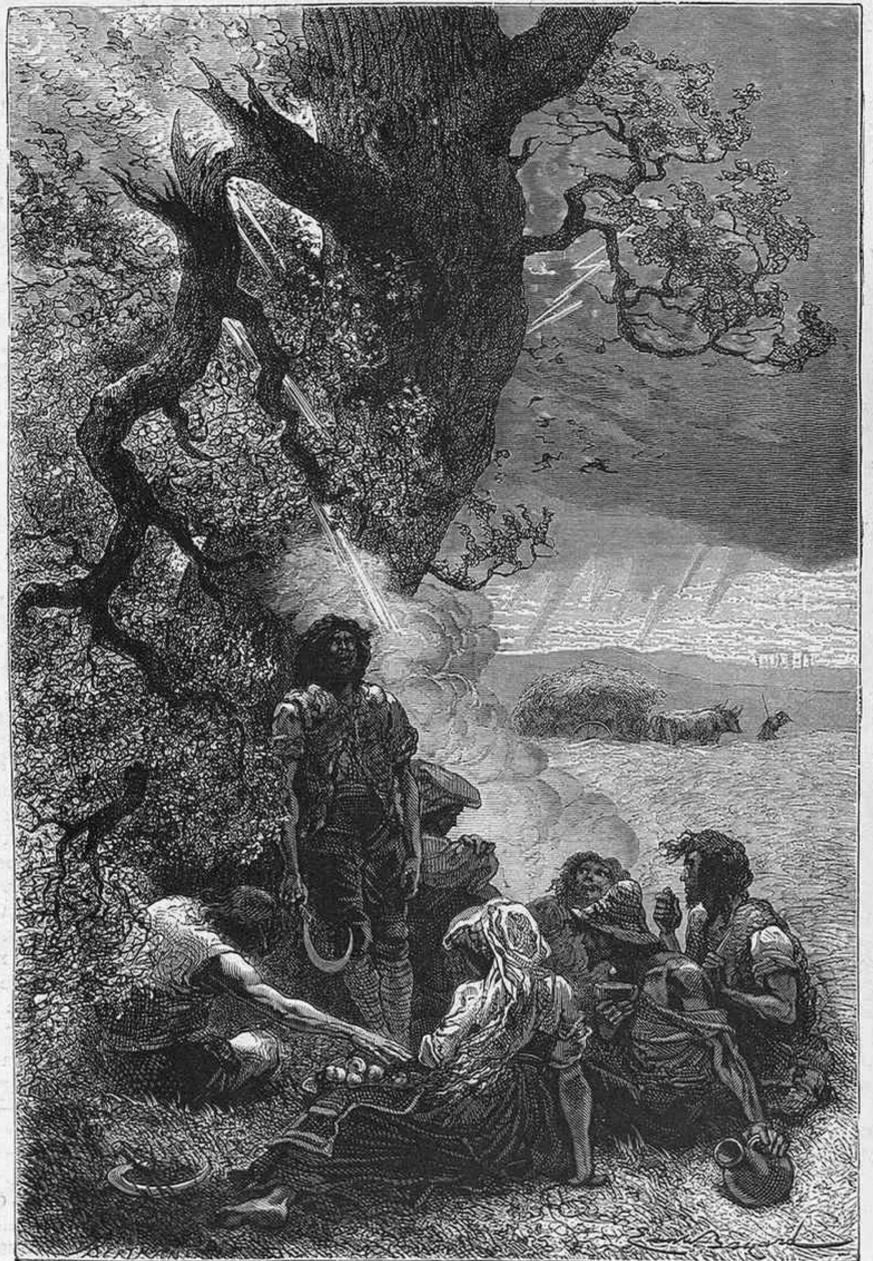
De los mencionados, así como de un gran número de observaciones, resulta probado que la persona herida por el flúido eléctrico de modo que pierda en el acto el conocimiento, cae ó muere *sin haber visto, oído ni sentido nada*, de suerte, que los que tienen la fortuna de volver en sí, ignoran completamente lo que les ha sucedido y no comprenden por qué se encuentran tendidos en el suelo ó en un lecho: la electricidad es más veloz que la luz y muchísimo más que el sonido; la vista y el oído se paralizan ántes que la luz ó el sonido hayan podido producir alguna impresión en ellos.

Resulta también de estos ejemplos que no es necesaria la percepción del peligro para explicar la influencia ejercida en el individuo. El caso del soldado muerto en Beaumont, cerca de Sedan, mencionado ya en otro número de la ILUSTRACION ARTÍSTICA, parece también probado así; aquel soldado no tuvo conciencia del peligro á causa de la acción rápida é imprevista de la bala. En apoyo de este aserto están los casos en que se hallan comprendidos los animales (observaciones 5, 6 y 9), los cuales no pueden tener tal aprensión, siendo notable ver que *todos* los perros hubieran muerto conservando *todos* la misma actitud cuando cayó el rayo en la iglesia de Chateaufort, habiendo sido proporcionalmente menor el número de víctimas humanas.

Observemos también que en algunos casos de muerte con conservación de la actitud, se ha visto que no existía ninguna lesión exterior en el cuerpo de la víctima, y aunque hubiera sido conveniente, no se ha hecho ninguna autopsia para conocer qué punto había recibido con preferencia la acción eléctrica sin contacto aparente; quizás no se hubiera podido descubrir ninguna alteración particular en los órganos esenciales de la vida, y en estos casos es cuando se puede emplear en todas sus acepciones la palabra *sideración*.

Las circunstancias particulares que concurren en la muerte causada por el rayo pueden tener cierta importancia bajo el punto de vista médico-legal; mas no entraremos en este terreno, tanto por nuestra incompetencia, cuanto porque nuestro objeto al trazar estos renglones se reducía á indicar algunos casos en que la muerte producida por la electricidad tiene conexión con el problema cuya solución buscan hoy los fisiólogos.

M. A.



SEGADORES MUERTOS INSTANTÁNEAMENTE POR UN RAYO

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON